

AHIJUNA

HISTORIA LETRAS
POLITICA
ECONOMIA

"TIEMPLE Y CANTAREMOS JUNTOS..."
HERNANDEZ

martín fierro

visto por Rega Molina

saúl taborda mantegazza

testimonios ☆ los nacionales
documentos ☆ correo histórico
leído y comentado

2

ENERO 1968

PRECIO \$ 100.-

AHIJUNA

Representantes:

Pcia. de Buenos Aires: Efebe Distribuciones,
French 151, Avellaneda.

Pcia. de Entre Ríos: Carlos Ma. Quinodóz,
Corrientes 412 (n), Paraná.

Pcia. de Río Negro: Arnaldo Arnaíz, Av. Bel-
grano 98, San Carlos de Bariloche.

En venta en las siguientes librerías:

Capital Federal:

Huemul, Santa Fe 2237.
Splendid, Santa Fe 1923.
Casa Pardo, Callao 527.
Casavalle, Viamonte 452.
Clásica y Moderna, Callao 892.
Fernández Blanco, Tucumán 714.
Fausto, Corrientes 1311.
Platero, Talcahuano 468.

Mendoza:

Simoncini y Gómez, Buenos Aires 98.
García Santos S.R.L., Rivadavia 55.

Salta:

B. Salas e Hijos, Alberdi y Caseros.
El Colegio, Caseros 654.

Tucumán

Norte Libros, 24 de setiembre 616.

Córdoba:

Hogar del Libro, Deán Funes 256.
San Pablo, 27 de abril 290.
Librería Córdoba, Deán Funes 75.
Librería Leal, Galería San Martín, local 13 B.

San Luis:

Pedro Anello, Belgrano 801.

Santa Fe:

Libretex, San Martín 2151.

Rosario:

Casa Rodino, Córdoba 2121.

Posadas:

Librería Pellegrini, Colón 280, local 13.

Río Cuarto:

Librería de la Patria, Vélez Sársfield 282.

Impreso en: Imprenta López.

Prohibida la reproducción total o parcial sin
previo permiso de los editores.

Registro de la propiedad intelectual, en trámite.

Suscripciones:

Anual (12 números) \$ 1.200.—

Semestral (6 números) „ 600.—

El ejemplar \$ 100.

AHIJUNA

Año 1 — Número 2

Enero de 1968

Director: FERMÍN CHÁVEZ

Editor: Ediciones Nuestro Tiempo, S. en C. por A. (ef.)

Dirección y administración: Rivadavia 1255, 4º piso,
of. 406. T. E. 38-4049

El "Boom"

EN los últimos tiempos, desde diversas publica-
ciones, se viene hablando del "boom" del libro
de historia argentina y, en especial, de la literatura
revisionista. Con lo cual se refleja, a nivel de di-
fusión periodística, el cambio experimentado en el
mercado y, por ende, en la opinión general con
relación a los criterios dominantes sobre figuras,
hechos y procesos del pasado argentino.

Hoy se ha vuelto común que revistas y periódicos
no especializados ofrezcan a sus lectores las opinio-
nes de autores revisionistas sobre acontecimientos
del pasado, como así también artículos y crónicas
rememorativas donde se recogen aportaciones de la
escuela histórico revisionista. Y a ello cabe agre-
gar otro aporte que refleja idénticas preocupacio-
nes: el representado por discos de larga duración
y canciones populares que tienen como figuras cen-
trales a los caudillos argentinos. No hace mucho,
uno de nuestros principales diarios señalaba como
un hecho nuevo "la irrupción de los caudillos
en el folklore nacional".

Pero, por sobre todas estas manifestaciones, nos
interesa señalar la presencia de autores revisio-
nistas —en un sentido lato— en las propias aca-
demias oficiales. No es un misterio que, por ejem-
plo, la Academia Nacional de la Historia cobija
en su seno a varios historiadores que no comparten
el enfoque de la historia oficial sobre hechos fun-
damentales y sobre figuras claves del pasado ar-
gentino.

Hace algunas semanas, los miembros de número
de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos
Aires, al abrir las puertas de la institución a otro
de sus pares —el jesuita Mariano N. Castex— de-
bieron escuchar con atención su magnífica diser-
tación sobre "Inteligencia y ser nacional, o la
ciencia en la tierra del chajá", donde el joven y
nuevo académico sostuvo la necesidad del encuentro
entre la inteligencia y la montonera como único
camino para terminar con la escisión del país de
los argentinos. Y donde hizo una severa crítica a
quienes se limitaron a copiar esquemas o trasplan-
tarlos con habilidad.

Consignar estos hechos es una forma de aliento
y de estímulo para quienes prosiguen con una
tarea que reclama clara conciencia y firme per-
severancia.

“Martín Fierro” no fue improvisación de payador

Por HORACIO REGA MOLINA

PARA redactar su poema hay referencias de que Hernández se entregó a la espontaneidad específica de hijo de criollo y de nativo habituado a las faenas y costumbres del campo, metodizado ya en la segunda parte, cuyos originales evidencian el ahinco de las correcciones, la pulcritud y eficacia de las enmiendas. Ello se explica, porque el éxito de los primeros cantos agrandaba la responsabilidad literaria del poeta. Es interesante, pues, comprobar cómo un poema tan popular es escrito con relación a fórmulas poéticas estrictas y objeto de un paciente laboreo que concurre a su mayor fluidez, a su sabrosa frescura, sobre todo con respecto a su segunda parte, comúnmente conocida por la “Vuelta de Martín Fierro”, pues que regresa al seno de su pueblo y cuyos borradores constituyen una inapreciable constancia de las particularidades y minucias, de fondo y de forma, de la labor.

Don Martiniano Leguizamón, en *La cuna del gaucho*, al dar por verosímil que Hernández nunca tuvo la precaución de conservar los cuadernos de su trabajo, cuenta: “Sólo logré de su hermano Rafael —simpático criollo que dejó huellas de su energía en las faenas rurales, la prensa y la tribuna política—, los breves fragmentos del canto XXIV reproducidos facsimilamente en mi libro *La cinta colorada*, como una rareza. De aquel amigo escuché, además, muy interesantes referencias acerca de la manera cómo fue escrito el poema, entre mate y mate y una chupada al cigarrillo negro en la desmantelada pieza de un hotel ubicado en la calle 25 de Mayo y Rivadavia, frente a la Casa de Gobierno, sin libros ni apuntes, dejando brotar las coplas espontáneamente del fondo de sus recuerdos: “como agua de manantial”, según su propio símil. José —me refirió— nunca fue un escritor prolijo. Escribía los versos en una tira de papel cualquiera, al dorso de una carta o al margen del periódico que acababa de leer; mandaba los borradores a La Pampa, los corregía haciéndoles agregados después en las pruebas de galera. Yo le ayudé muchas veces en esa tarea, admirando su memoria

feliz, que iba reflejando con tanta exactitud las escenas contempladas en su vida andariega de estanciero y de soldado”.

Pero años después de estas informaciones, otro escritor argentino, el novelista Carlos Alberto Leumann, revela, tras pacientes investigaciones, y de un modo concluyente, cómo hizo Hernández la “vuelta”. Leumann consigue los manuscritos y los examina. Penetra en el cuerpo de aquella obra poética, sigue a Hernández en sus tachas y enmiendas, en las alteraciones y cambios de los versos, y establece las relaciones secretas entre lo que el poeta intenta, y lo que realiza finalmente, con el verso exacto, con el giro apropiado, con la frase genuina. Su tenacidad es sistemática y a menudo triunfante. La recreación alcanza siempre un desenlace drástico, que define la calidad de su objeto y el propósito de lograr efectos populares sin entrar en correspondencia con lo vulgar. Su tradicionalismo excluyó tanto el tema fantasmal o intrascendente como la construcción, trivialmente sinfónica, de la décima, y las exageraciones vernaculares en el habla. Obró, en tal sentido, culta y restrictivamente. La descripción del documento descubre los bríos de la inspiración, la posterior aportación crítica, los descuidos del genio y el orden del artífice. “A veces —comenta Leumann en su libro dedicado a la materia, *El poeta creador*—, Hernández da vuelta a la hoja sin secarla y alguna está quemada al borde por la colilla del cigarro olvidado. Planas de escritura clara, regular, contrastan con otras de letra nerviosamente apretujada, apenas legible. Hay renglones superpuestos o entremetidos, estrofas cruzadas y recruzadas con la pluma y no pocas inconclusas o a mitad deshechas. Aparece de pronto una sextina comenzada a componer en el último verso, o el apunte de alguna idea que podría escapársele. De cuando en cuando líneas de punto o una cruz interrumpen la plena magnificencia lírica de un canto”. Las carillas comprueban que Hernández, no obstante su vena fértil y pródiga, comprendida en la persistente metáfora de Fierro: *las coplas me van brotando / como agua de manantial*, no improvisó

ni confió en su facilidad innata de trovero. No compuso, pues, como si payara ante un auditorio de pulpería, sino que interfiere frecuentemente en el don del canto su preocupación de lograr algo perdurable.

La literatura gauchesca está ya en declinación cuando él redacta su epopeya. Se despide sin dejar nada hondo. Bartolomé José Hidalgo, el primer poeta gauchesco, cronológicamente, del Río de la Plata, es una especie de juglar que en la pobreza vendía en las calles de Montevideo sus propios cielitos. Deja algunos diálogos de ocasional belleza. Ascasubi sólo da en la tecla con el primitivismo del gaucho y su participación en las contiendas políticas. Del Campo enfoca su ignorancia y la proyecta artificiosa y traviesamente ante sus contemporáneos al hacerle narrar a uno de ellos una función de ópera, con las trabazones de su incultura y los matices burlescos de su interpretación del espectáculo. Hernández tiene la intuición genial del tipo y del asunto y se siente tocado por ella. Su finalidad es salvar del fondo del mito pampeano al hombre que no ha sido, a pesar de sus atributos, materia de una labor intelectual completa. Por eso se encara con sus antecesores y les reprocha el no haber llevado a término la empresa.

Yo he visto muchos cantores
Con famas bien otenidas,
Y que después de alquiridas
No las quieren sustentar:
Parece que sin largar
Se cansaron en partidas.

Hubo, pues, en él una predeterminación literaria de cosechar los elementos dispersos y reunirlos en una pieza global, y un ímpetu generoso de justicia, a lo largo de ellas, patentizado, al concluir, en el proceso comparativo con que extrema la pintura de la indigencia y desamparo del gaucho y en la solicitud de bienes y cuidados que lo capaciten mental, moral y políticamente.

Vive el águila en su nido,
El tigre vive en la selva,
El zorro en la cueva ajena,
Y, en su destino inconstante,
Sólo el gaucho vive errante,
Donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su orfandá
De la fortuna el desecho,
Porque nadie toma a pecho
El defender a su raza;
Debe el gaucho tener casa,
Escuela, iglesia y derechos.

Si Hernández nos hubiera ofrecido su peculiaridad lingüística y cebo folklórico, exclusivamente, la emoción de un paria errabundo, junto con otras estampas tan rotundas, dentro de las respectivas anécdotas, como de aquél, la fulminante aceptación del poema, entre los paisanos, ni habría acaecido. Pero supo infundirle los tintes raciales del coraje personal, tan grato al criollo de los campos y de las ciudades. Pocos protagonistas de la literatura universal ofrecen tan compleja variedad de motivos para pelear, confluentes y dependientes de la unidad de su valerosa intrepidez. Martín Fierro, en los comentarios con que, como sujeto de la acción, señala y barniza sus alternativas, no desdeña al adversario ni se ufana de superioridad. Para él es un lance igualmente serio desenvainar el cuchillo contra un indio porfiadamente dispuesto a matar, un negro ofendido o una partida policial. Y si es cierto, conforme su confesión:

En el peligro, qué Cristos!,
El corazón se me ensancha,
Pues toda la tierra es cancha,
Y de esto naides se asombre:
El que se tiene por hombre
Donde quiera hace pata ancha.

No lo es menos que esas afirmativas gallardías se atemperen, en el transcurso de sus contiendas o riñas, con glosas de afortunada y epigramática sinceridad como la siguiente, cuando un salvaje lo tuvo apurado:

Siempre he sido medio guapo,
Pero en aquella ocasión
Me hacía bulla el corazón
Como la garganta al sapo.

Esa connaturalidad que equilibra su altanera agresividad con la rápida percepción de una desventaja, para procurarle remedio, sin eludir por cierto las angustias del posible desenlace fatal, concreta una singularidad en que todo gaucho se ve también retratado, a cuerpo entero, y descubierto. Y fija uno de los extremos de su fama.

El precedente artículo del poeta y periodista Horacio Rega Molina apareció en el diario *Crítica*, edición del 10 de noviembre de 1947, con un subtítulo que decía: "Hernández lo escribió y corrigió, vigilando los aciertos de la espontaneidad creadora". Por juzgar que su contenido da en la tecla de la creación hernandina, y muy sólida su tesis, lo reproducimos íntegro, seguros de que constituye un buen aporte al conocimiento del poema y del poeta gaucho.

Martín Coronado y sus ficciones en prosa

Por LUIS SOLER CAÑAS

LA vocación más profunda de Martín Coronado fue el teatro, al que dedicó sus mayores y más sostenidos esfuerzos. El poeta y el novelista se vieron empalidecidos por el autor dramático. Pero aunque literariamente sea Coronado una figura menor, quizás no merezca ese olvido que se ha ido apoderando insensiblemente de ella. Escribió algunos versos que lo colocan cerca de Rafael Obligado por la delicadeza de los temas y el aura nacional que corre por ellos. Otras poesías suyas, de contenido acendradamente patriótico, tampoco podrán morir nunca del todo. En lo que se refiere a la literatura de ficción, Coronado la cultivó escasamente, como se verá, pero su contribución más importante a ella posee ciertas características que si por un lado explican el desdén con que se la ha mirado hasta el día de hoy, son por otra parte las mismas que hoy promueven nuestro interés hacia ella. Me refiero a la novela

La bandera.

Martín Coronado nació en la ciudad de Buenos Aires el 4 de julio de 1850. Era hijo del publicista Juan Coronado, procurador de profesión, y de doña Catalina Rubira. Su padre fue posteriormente uno de los secretarios de Urquiza, de quien se distancia después de Pavón escribiendo sus famosos *Misterios de San José*, del que dice Fermín Chávez “que si bien es un panfleto político, su contenido puede confirmarse paso por paso mediante la documentación correspondiente, existente en los archivos del país”. Ignoro si don Juan Coronado fue rosista ⁽¹⁾. Lo cierto es que fue federal y que su conducta como tal se compadeció perfectamente con la de otros hombres eminentes de ese tiempo, como José Hernández, Evaristo Carriego, Francisco F. Fernández, el propio Olegario V. Andrade. Su desvío de Urquiza no fue otra cosa que la consecuencia de lo que el autor de *Martín Fierro* llamó la traición de aquél al partido federal y al pueblo entrerriano.

Martín Coronado cursó estudios elementales en el colegio de Concepción del Uruguay. Durante

(1) Fermín Chávez en su conferencia “Los secretarios de Urquiza y la división del partido federal después de Pavón” ha divulgado el párrafo de una carta de Juan Coronado al general López Jordán, del que se desprende que para el padre de Martín Coronado fue un error Caseros.

algún tiempo vivió alejado de su familia, posiblemente por razones de orden político. La lectura de un tomo de obras dramáticas de Bretón de los Herreros decidió su vocación teatral cuando era todavía casi un niño. Vivía entonces, cuenta en sus recuerdos, “en un pueblo lejano de la República Oriental, adonde me había arrojado la suerte”. Allí escribió su primera obra, un juguete en verso que alguien juzgó demasiado bueno para la edad del muchacho, por lo que creyó que éste sencillamente lo había copiado, y así se lo manifestó. Esta afirmación, lejos de desalentar al novel autor, lo estimuló, pues razonó que si tal cosa creía el crítico era porque la obra contaba con algún valor, no carecía de todo mérito. Con estas ilusiones, y la de verla representada algún día, la envió a su padre, residente en esa época en Buenos Aires, quien la mostró al benemérito doctor Manuel Argerich, en cuyo estudio trabajaba. Argerich le ofreció un puesto también al hijo y las facilidades necesarias para que pudiese seguir en la Universidad la carrera de abogacía. No era ésta la verdadera vocación de Martín y sus estudios de derecho alcanzaron sólo hasta segundo año. En 1869 —tenía 19 años— escribió otra pieza teatral, *El corazón y la cabeza*, sobre la cual el doctor Argerich le dio una opinión “bondadosa y alentadora”. No llegó, empero, a estrenarse. Las compañías teatrales eran en su mayoría españolas y su repertorio no admitía fácilmente las producciones nacionales. Pero Coronado no se dio por vencido. Su vocación por la literatura dramática, y lo probó hasta poco antes de su muerte, era más fuerte que todos los desengaños y todas las dificultades.

En Buenos Aires, mientras tanto, a la par que estudiaba se hacía de amigos y comenzaba a frecuentar los círculos literarios. Uno de estos amigos, Juan Carballido (a quien está dedicada *La rosa blanca*), lo presentó a una sociedad de jóvenes preocupados por el arte y la literatura. La sociedad se llamaba *El porvenir literario*, que luego se convirtió en la Academia Argentina, y allí conoció a quien sería su gran amigo, Rafael Obligado, “con quien me unieron desde luego —cuenta el propio Coronado— el culto de la poesía y la comunidad de ideales”. De la Academia Argentina salieron más tarde los célebres “sábados de Obligado”, famosa tertulia de la época a que Coronado

se refiere en la dedicatoria de "Justicias de Antaño" que voy a transcribir para dar idea de la amistad que unió a ambos:

Mi querido Rafael: He escrito este drama recordando aquellos lejanos y hermosos días de convaleciente, que pasé en la "Independencia", la estancia de tus padres, tendida a la margen del Paraná como una morada patriarcal de los viejos tiempos; y lo he sometido luego a la crítica amiga y alentadora en tu casa, la de los clásicos sábados, que durante más de veinte años ha sido centro de atracción y hogar cariñoso para todas las manifestaciones del pensamiento en Buenos Aires. A ti, pues, debe dedicarlo, y lo dedica, tu amigo y compañero. Martín Coronado. Buenos Aires, julio 10 de 1897.

Justicias de Antaño, cabe recordarlo, se desarrolla en aquellos mismos parajes de la morada rural de la familia Obligado, los mismos que servirían de escenario a su novela *La Bandera*. Cabe apuntar aquí, si bien sólo de pasada, que hay muchos puntos de contacto entre las personalidades de Obligado y de Coronado. Hay evidente parentesco en la poesía de ambos, en sus gustos literarios y en el ferviente patriotismo que los distinguió. En cuanto a la lectura previa y crítica de las obras en las tertulias literarias, era una costumbre de aquel tiempo que ya tenía antecedentes en otra pieza dramática de Coronado, *La Rosa Blanca*, escrita en 1874 y estrenada tres años después. Fue precisamente Rafael Obligado, en unión de Atanasio Quiroga, el autor de un estudio crítico de esta obra, presentado en la Academia Argentina en septiembre de 1874 y publicado posteriormente en *El Album del Hogar*. De la identidad estética de Obligado y Coronado, a quienes seducía lo que podría llamarse nacionalismo literario, hay una muestra patente: la leyenda nacional, en verso titulada *Román*, que escribieron en colaboración y presentaron a la Academia Argentina, según consta en la memoria de esta corporación escrita por el propio Coronado, correspondiente al segundo período, 1876-1878 (ver *El Album del Hogar*, nº 2, 14 de julio de 1878).

De esta leyenda sólo quedan algunos fragmentos —pues la mayor parte se extravió— que fueron publicados después de la muerte de Coronado en el tomo VIII, página 178, de sus obras completas, aparecidas en Buenos Aires entre 1925 y 1926.

No es mi propósito ocuparme de la dramática de Martín Coronado, lo más difundido de su obra, ni tampoco referirme por extenso a su producción poética, que ofrece sin embargo algunos aspectos de interés y de la cual pueden desgajarse algunos poemitas no indignos de completo olvido siempre que se les ubique, para su debida estimación, dentro de su época y de las influencias y aspiraciones estéticas de su autor.

En el terreno de la ficción el aporte de Martín Coronado es, como se dijo ya, muy escaso. *El Album del Hogar*, en su número 38, correspondiente al 23 de marzo de 1879, daba la siguiente noticia:

"*María Herrera*. Con el título con que encabeza estas líneas está escribiendo una interesante novela el popular poeta Martín Coronado. Se nos ha asegurado que así que la concluya la publicará"

¿Qué pasó con *María Herrera*? Ignórase si Coronado realmente le dio cima y la publicó. En sus obras completas no está incluida y por mi parte no la he encontrado en las publicaciones de la época que he tenido ocasión de revisar. En cambio publicó dos años más tarde, en el primer y segundo números de *El Correo Americano* (8 y 15 de enero de 1881), una pequeña novela, cuento mejor dicho, titulada *Una experiencia*, la misma que abre el primer tomo de sus obras completas (Buenos Aires, 1925) y ocupa en él unas 12 páginas. *El Correo Americano* era un semanario ilustrado de literatura, ciencias y artes que dirigía el propio Coronado. Cabría pensar que *Una experiencia* no es otra cosa que *María Herrera*, a la cual el autor habría cambiado el nombre, pero en tal caso también habría modificado el nombre de la protagonista. No creo que esto haya ocurrido. Por lo demás, *Una experiencia* es un cuento más que una novela y sólo ofrece el interés de una curiosidad literaria sin mayor valor. Narración sencilla, dotada de ese romanticismo sereno y lleno de pureza, de gran delicadeza moral, que es uno de los signos predominantes de la literatura de Martín Coronado y que la acerca, en esto también, a la de su gran amigo Rafael Obligado.

De importancia relativa en la historia de literatura argentina de ficción, su novela *La Bandera* ofrece mayor interés por su extensión a la vez que por el tema histórico que desarrolla en sus páginas, que no es otro que el referente al célebre combate de la Vuelta de Obligado. Es un tema que evidentemente subyugaba a Coronado y despertaba en él fibras de enardecido patriotismo, pues anteriormente lo había tocado en su poesía *El sueño de la patria*, escrita en febrero de 1878, y posteriormente volvió sobre él al escribir su drama en cuatro actos y en verso titulado *El Sargento Palma*, que se estrenó en el teatro Apolo el 14 de mayo de 1906 y que está extraído, precisamente, de la novela.

La Bandera fue presentada al Concurso Literario Histórico Argentino organizado por el señor Juan Canter, propietario de la fábrica de cigarros "La Sin Bombo", y cuya principal finalidad era la de "fomentar y estimular el amor a la literatura nacional". Solamente obtuvo en él una "mención honrosa" y se publicó al año siguiente de realizado el certamen, en 1903. Esta novela fue reeditada posteriormente en dos oportunidades. La primera en 1925, al hacerse la edición de las obras completas de Martín Coronado. La segunda en 1933, al ser incluida en una colección popular denominada *La tradición argentina* con el título de *Rosas no cede*. Y esto es todo. Sin estimar que sus valores estéticos sean relevantes, pues no lo son, creo que ha existido algo de premeditado e injusto olvido hacia esta producción de Martín Coronado.

Testimonios

MIS CABALLOS

HOY que no tengo un solo caballo de silla gozo leyendo las páginas siguientes de mi *Diario de América*, en las que se destaca cómo, en el año de gracia de 1855, poseí *doce* caballos, todos *escogidos y lindos* y que, del primero al último, tenían el derecho de llevar con la cabeza bien alta el honorable bautismo de *parejeros* (destrieri).

El primer caballo que poseí era pequeño, de color bayo, vulgar en todo; pero era mío, y yo lo bauticé con el nombre glorioso de *Colón*.

En los primeros días de mi residencia en Nogoyá, todos se sorprendían de verme andar siempre a pie al hacer mis visitas; sea que el sol entrerriano quemase los caminos polvorientos de la villa, haciendo salir de la cueva a las iguanas; sea que fuera llamado por las noches.

En aquel tiempo en Nogoyá un hombre que anduviese a pie era un loco o un mendigo, y llamaba sobre sí la atención de todos, como si uno de nosotros pasease en camiseta por las calles de Florencia.

¿Por qué no compra Ud. un caballo?

A esta pregunta, que hombres y mujeres y chicos me repetían de la mañana a la noche, yo contestaba con muchas y diversas mentiras.

—Me hace bien el movimiento, no estoy acostumbrado a cabalgar... Lo pensaré... no he hallado aún un caballo a mi gusto.

En un país donde todos son *gauchos*, donde los caballos se contaban por centenas de miles, la última mentira era la más increíble y ofendía por demás en el punto más delicado y sensible el orgullo nacional.

Pero yo no podía decir la verdadera, la única razón por la que andaba a pie. Yo había llegado a Nogoyá con una moneda de dos reales en el bolsillo; y cuando la lavandera tuvo mi lencería para lavarla, me pidió al punto *dos reales* para comprar el jabón.

Yo andaba todavía a pie, porque, porque no podía andar a caballo.

Si no fuera que un buen hombre, cierto Don Damasio, me ofreció en préstamo un caballo suyo, agregando, con cierta sonrisa plena de burla y benigna malicia: "*hasta que encuentre uno de su gusto*".

Acepté el préstamo; pero yo andaba todavía a pie porque no podía comprarme la montura; y ésta costaba en aquel tiempo por lo menos cinco veces más que un caballo.

Otro gran hombre, un genovés de pura sangre, que había puesto su *pulpería y almacén*, me ofreció la montura a crédito, y acepté también este segundo favor.

Pocos días después, yo hacía mis visitas a caballo, y no sabiendo nadie por cuantos rubores míos, por cuántas humillantes mentiras, habían pasado caballo y silla, me estimaban mucho más que al principio; porque en aquellos lugares un hombre a pie puede ser un bípedo, pero no es un hombre.

Mientras tanto, yo hacía visitas y operaciones y mi bolsillo comenzaba a repoblarse. Llevé 60 liras al buen genovés, asegurándole que pronto le llevaría las otras 90 que aún le debía, y después fui a lo de Don Damasio, a preguntarle cuanto costaba su caballo, porque me gustaba mucho y lo compraría de buena gana.

Don Damasio no quiso decirme el precio de *Colón*, al tiempo que yo leí en su rostro que vacilaba en regalármelo; no ya por avaricia, sino porque no lo creía digno de ser regalado a un médico como yo.

Corté el nudo gordiano con una buena salida.

—Y bien, Don Damasio, déjeme el caballo y yo lo curaré a Ud. y a toda su familia gratis por un año.

—*¡Muy bien, doctor!*

Y he aquí cómo me convertí en dueño de mi

primer caballo sin desembolsar un centavo y agregaré, sin mucha fatiga; porque Don Damasio y los suyos gozaron por todo un año de la más perfecta salud y yo no debí hacerles ninguna visita. Ejemplo éste que enseña a todos como las buenas acciones comportan fortuna y conservan también la salud.

*

Colón fue por algunos meses el único parejero de mi tropilla, pero poco más de un año después tuvo otros once compañeros, de los que daré aquí los nombres, con sus notas características:

Hope (esperanza), de color *overo azulejo* (blanco manchado de azulado). Pequeño y vulgar.

Blitz (relámpago), de color *bayo overo* (amarillento manchado). Gran corredor, ya delante de Dios.

Fest (firme), de color *bayo overo*. Infatigable en la carrera y de un andar comodísimo. Con este caballo, en el mayor calor de la estación, hice 90 millas españolas en once horas, sin descansar más que media hora a mitad de camino. Al día siguiente estaba más avisado que el primero.

Lucifer, de color *overo negro* (manchado de negro y de blanco). Pequeño y de *paso* (all'ambio).

Quién sabe (¿e chi lo sá?), de color *tordillo* (blanco sucio). Muy hermoso, de *paso*.

Albino, tordillo de *paso*.

Faust, de color *oscuro* (bruno). Muy alto, hermosísimo, de gran resistencia en la carrera.

Ñandú (struzzo), de color *overo*. Muy alto y tan tranquilo que yo lo usaba para la caza, tirando hasta al vuelo desde mi silla.

Gaúcho, algo indómito, de color *oscuro*.

Friede (paz), de color *overo malacara* (castaño manchado de blanco, con la cabeza y las patas de color blanco).

Justo, de color *porcelano* (blanco-gris con zonas redondas más oscuras, imitando el cuello de las palomas).

Es éste el caballo más inteligente, más afectuoso, más querido que yo haya tenido en toda mi larga morada en América, y cuando me fue robado, lo lloré como a un amigo.

¿En qué tierra, bajo qué árbol, reposan ahora los huesos de mi Justo? Sus fosfatos, ¿se habrán convertido todos en frutos de *algarrobo* o en semilla de *tala*?

Paolo Mantegazza

PAOLO MANTEGAZZA nació en Monza, cerca de Milán, el 31 de octubre de 1831. Su madre, Laura Solera, tuvo actuación destacada en el Risorgimento hasta tal punto que fue condecorada por Garibaldi. Mantegazza estudió medicina en Pisa, Milán y Pavia, y se graduó en la Universidad de esta última ciudad, en 1854. En marzo de 1848 había participado en las Cinco Jornadas de Milán, y en 1850, publicado su primer trabajo científico: *Las generaciones espontáneas*. Recién recibido inició un viaje por el extranjero, recorriendo Europa y pasando luego a América del Sur. Estuvo en Gualaguaychú y Gualaguay, y después se radicó en Nogoyá, donde residió en 1854 y 1855, convertido en médico de la villa y de la campaña.

En 1856 pasó a Salta, donde contrajo matrimonio con la "bella señorita salteña doña Jacoba Tejada". Al año siguiente, fue contratado para dictar una cátedra en la nueva Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires, pero regresó a Europa, en 1858, con el propósito de traer colonos para radicar en Salta, colonización que no se concretó. Vivió entonces en Milán y luego en Pavia, en cuya Facultad de Medicina fue profesor de Patología General y donde fundó el primer laboratorio italiano de patología experimental. En 1860, al quedar viudo de su primera esposa, casó con la condesa María Fantoni. Enseñó también psicología y escribió numerosos trabajos de medicina, antro-

pología e higiene. En 1866, publicó en la revista "Archivos de Antropología y Etnografía", por él fundada, el *Estudio sobre una serie de cráneos fueguinos*.

Los temas americanos están presentes en muchas de sus obras. En 1858, publicó en Milán *Sulla America Meridionale, Lettere Mediche*, que dedicó a Juan María Gutiérrez, y posteriormente, *Rio della Plata e Tenerife*. En su novela *El Dios ignoto* puso un personaje que figura en la expedición de Lucio V. Mansilla a los indios ranqueles, y en su libro *Ricordi di Spagna e dell'America Spagnnola*, que data de 1896 —y que no ha sido traducido al castellano— incluye siete capítulos dedicados a Nogoyá, donde vivió. Son ellos: *I miei colleghi di Nogoyá, La mia proprietà fondiaria, I miei cavalli, Un naufragio in terra ferma, El jaleo, Un 24 di giugno e il giuoco de las cédulas y Un pic-nic alla Laguna de los Troncos*. El fragmento que publicamos pertenece al capítulo III de este raro libro.

Mantegazza murió en San Terenzo, Golfo de Spezia, el 28 de agosto de 1910, dejando inédito un *Diario íntimo* de 62 volúmenes. Fue amigo de Lucio V. Mansilla y por su intermedio conoció a Mariano Rosas, Coliqueo y Calfueura. De 1865 a 1876 había sido Senador del Reino de Italia, y en tales funciones se distinguió como orador.

Pensamiento Nacional

SAÚL TABORDA

SAÚL TABORDA nació en la localidad cordobesa de Santiago Temple, en 1885, y murió en Unquillo, en 1945. Habiendo quedado huérfano a los ocho años de edad, debió pasar su infancia en trabajos de campo, después de aprender las primeras letras en la escuela de su distrito natal. En 1900 ingresa en la Escuela Normal de la ciudad de Córdoba, y tres años después pasa al Colegio Nacional de Buenos Aires. En 1907 cursa estudios de derecho en la Universidad de La Plata, pero los termina en la del Litoral, en 1913. Ya por entonces había hecho periodismo en La Reforma, de La Plata, y en El Nacional, de Rosario, y publicado un libro de verso y prosa, Verbo profano, editado en 1909. Cultivó el teatro: El mendrugo, 1916, El dilema y La obra de Dios, ambas piezas de 1917, como así también la novela: Julián Vargas, 1918. Fue Taborda uno de los principales líderes de la Reforma Universitaria del 18, movimiento en el que ejerció notable influencia. Colaboró en la Revista de Filosofía, en Nosotros, en La Novela Cordobesa, en Frente (1933-34) y en Cristal (1944). El 16 de febrero de 1935 editó el primer número de su periódico Facundo, en cuyas páginas reflejó su pensamiento posterior a 1932, es decir su evolución de la izquierda liberal hacia un nacionalismo doctrinario que él definía como "facúndico". Sus trabajos pedagógicos posteriores al 32 tienen como base su doctrina del "comunalismo federalista", que él delineó en sus últimos años. Sus principales textos se encuentran en Investigaciones pedagógicas, obra publicada después de su muerte. El comentario al libro de Balestra editado en 1934, que reproducimos, apareció en el primer número de Facundo.

EN TORNO AL 90

ANIMADO por el propósito de explicar por sus antecedentes los cuarenta años posteriores a 1890, el espíritu ecuánime y ponderado en los clásicos del doctor Juan Balestra nos ha hecho el don de un relato vivaz y pleno de sugerencias de los acontecimientos que dieron fin a la presidencia de Juárez Celman.

A través de sus páginas, los fenómenos políticos, económicos y sociales que las vísperas de aquella crisis relevaban dramáticamente en la prensa, en la banca, en la tribuna y en el tumulto callejero, aparecen y se destacan al contraluz de las íntimas contradicciones que manejan nuestra historia desde antes de 1853.

En el flujo y reflujo de las corrientes europeizantes que trabajan la vida nativa desde los días iniciales en que Alberdi y Sarmiento, "por ambicionar lo extraño villendaban lo propio", el 90 señala la cota máxima de la penetración industrial en el alma de nuestro pueblo, pre-capitalista en razón de su oriundez castellana. Febrilmente encendido en la fe del progreso —el progreso: la terrible palabra acuñada, como una moneda cosmopolita, por el pensamiento del siglo— habíamos dado acogida fervorosa a las manifestaciones de todo orden que hacían sensible el progreso a nuestros ojos pueriles, puerilmente alucinados por la grandeza de los pueblos ultramarinos.

Buenos Aires se jactaba ya con esa jactanciosidad que es su nota distintiva, de ser una ciudad a estilo de Londres y de París, y, para parecerse cada vez más a los arquetipos ideales, exaltaba con las actitudes advenedizas del boato copiado las virtudes de la riqueza como fuente de lujo, de refinamiento y de molición. Ante el milagro del cuerno de la abundancia operado por los transatlánticos que inundaban nuestras playas con los productos de la técnica victoriosa, habíamos aprendido a recoger con mano ligera lo que da el préstamo fácil y nos habíamos acos-

tumbrado a gastar sin tasa ni medida. En plena orgía de juego y de agio girábamos en descubierto sobre el brillante porvenir del país columbrable a través de sus inagotables riquezas. Teníamos apresuramiento en civilizarnos, en ponernos a tono con las rumbosidades del tiempo. Como para el concepto progresista de la civilización ésta no consiste en un ahondamiento de la vida interior sino en un acrecentamiento de las necesidades externas, desestimábamos como cosa provinciana la sobriedad y la sencillez del viejo solar castellano y cubríamos con el atuendo dispendioso y sensual el "joli naturel" de la vida simple de nuestros abuelos. ¿Cuál fue el precio real y cierto de esta aturdida transformación de la fisonomía nativa? Balestra lo dice: "Se aprendió a vivir de prisa, a mirar la dignidad como estorbo y los escrúpulos como majadería: la riqueza se tuvo por honor, la modestia por disimulo y la austeridad como hipocresía".

Alto el precio. Alto el precio; pero magnífico el negocio si reparamos en los guarismos que no sospecharon nunca los paladines de la fórmula "gobernar es poblar". En 1889, funcionaban veintisiete líneas ferroviarias con 11.682 kilómetros de rieles estimadas en 127.682.867 pesos oro. Listas estaban ya las concesiones de noventa líneas más con un recorrido de 38.000 kilómetros y un capital garantizado de 312.541.900 pesos oro. En la Bolsa de Comercio traficaban mensualmente 1.500.000.000 de pesos oro. La tierra, libertada del dominio del indio, a virtud de una empresa polioreética, sin heroísmo y sin grandeza, y liberada del feudalismo de linaje español a virtud de una legislación civil copiada del cesarismo napoleónico, iba cayendo con rapidez, como presa indefensa, en el lazo de la especulación mercantil indiferente a la función del agro en la economía de un pueblo: las transacciones inmobiliarias que, en 1886, fueron de 40.000.000 de pesos, se elevaban en 1889 a 300.000.000. 24.000 leguas cuadradas estaban en

venta a razón de dos pesos oro la hectárea. Las estancias se habían hecho exportadoras y la producción pecuaria, sometiéndose al oro inglés, anunciaban el advenimiento de los frigoríficos, y con ellos el reciente mensaje del Lord Vestey que un vicepresidente, hijo del conquistador del desierto", no ha sabido replicar como se merece. En pos del ingente capital transeúnte llegaban los brazos destinados a llenar el inmenso baldío del territorio: ya eran 300.000 inmigrantes —la fusión de las razas, según los declamadores de la cátedra; una mercadería cotizada en 1.500.000.000 de pesos oro por año, según el realismo utilitario de la industria pesada.

Pero una sombra inesperada apareció de repente sobre el cuadro pintado con una máquina registradora: Europa exigió el pago de sus acreencias. La banca europea reclamó sus dineros, como Sganarelle cantando reclamaba atrasos a Don Juan en los Infiernos. No pudimos devolver, no pudimos pagar. ¿Cómo podía devolver, cómo podía pagar nuestra crónica inflación con el oro al 260? El orgullo lastimado por la realidad inopinada que nos llamaba a cuentas, sólo atinó a buscar un culpable, el culpable de los mil quinientos millones de pesos oro de la Bolsa no fueran otra cosa que "pura tiza". Pareció inconcebible que toda aquella extraordinaria estadística que acabamos de mencionar no fuera otra cosa que "pura tiza". ¿Quién era, pues, el responsable?

Los hombres de Buenos Aires —260.000 argentinos y 300.000 extranjeros —señalaron al Presidente — un provinciano ni mejor ni peor que la mayoría de sus antecesores. Juárez Celman contestó a la diatriba con un razonamiento sereno: "La perturbación —dijo— proviene de que para llegar precipitadamente a la asombrosa prosperidad actual se requiere el concurso de grandes capitales; los cientos de miles de inmigrantes alteran el mercado de consumo, antes de producir; los ferrocarriles, los puertos, como el de Buenos Aires, La Plata y el Rosario, los instrumentos de agricultura, la construcción de obras públicas, la edificación, embellecimiento e higiene de las ciudades, representan cantidades considerables de capital, inmobilizadas e improductivas por el momento, pero representativas del futuro desarrollo". Y yendo más lejos aún, advirtió que los cuantiosos bienes de nuestro balance no eran nuestros, y que a virtud de esas circunstancias la conversión duradera no sería posible sino cuando "el trabajo y la riqueza constituyan un capital nacional propio radicado en el país".

Nadie quiso examinar las juiciosas palabras. Nadie quería palabras: se buscaba un culpable. Y el culpable cayó, envuelto en el descrédito, al día siguiente de la asonada del Parque.

La justicia histórica no parece satisfecha con la sanción del 90: Balestra reconoce los errores de Juárez Celman; pero atribuye a una causa más profunda y permanente que la pasajera influencia de un hombre, la causa que envió su gestión gubernativa y determinó las consecuencias de cuarenta años que la siguieron. Esa causa —ley que preside nuestra evolución política— es la propensión insita en el caudillismo, al apoderamiento del mando absoluto, del "unicato", para emplear la palabra con que el 90 definió el bastardeo político, en cuya virtud "el presidente proclamado jefe único del partido gobernante, unía las facultades de la Constitución, las del caudillo, de modo que lo que no podía hacer como Presidente, tal como elegir gobernadores de provincia y miembros del Congreso lo podía hacer como Único".

Reedita con esto el criterio interpretativo con que historiadores y sociólogos mal informados se han empeñado en desestimar el caudillismo señalándolo como la causa de nuestras dificultades institucionales para favorecer, con tan arbitraria actitud, el designio de deformar y falsificar la realidad histórica argentina.

Desde la organización política del país, y más precisamente todavía, desde la capitalización de Buenos Aires —el grave error político que Balestra considera un triunfo de las provincias—, el caudillismo, como expresión de la vida comunal que es de su esencia, perdió toda su influencia en las actividades políticas. En su ausencia cobró inusitado predicamento la tendencia colonizadora de los hombres de la cultura y a favor de ese predica-

mento, comenzamos a perfilarnos como unidad político-económica, al servicio del capitalismo conquistador.

Bajo la presidencia de Roca, el país se definió como emporio habilitado por el oro extranjero. El propio Balestra es quien nos lo dice, al aludir al éxito del famoso programa "Paz y Administración". "Había adivinado a la Europa, que no conocía: la Europa lo comprendió: de entonces data el desarrollo definitivo de la ganadería, la agricultura y el comercio. Desarmó los partidos y caudillos profesionales de la guerra civil. Con pocos escrúpulos por las formas, acentuó el poder nacional sobre las provincias, que dejaron de jaquear al gobierno nacional, prefiriendo aprovechar su ayuda".

Por aquí es el contenido mismo del libro de Balestra quien nos pone en condición de rectificar, como corresponde, la opinión corriente que atribuye al caudillismo nuestros defectos gubernativos; pues, si algo claro y nítido trasciende de su rica información y toca de certeza al espíritu desprevenido, es que la causa eficaz que repercutió en la vida política, en el 90 y después del 90, fue la influencia perniciosa del capitalismo desertor de todos los pueblos, siempre reacio a erigirse en el fondo económico de las naciones, contrario por naturaleza a que "el trabajo y la riqueza constituyan capital nacional propio", según las palabras de Juárez Celman.

Pues, tanto más su autor se empeña en sostener una hermenéutica histórica en cuya virtud el Único —Juárez Celman, en el 90— se presenta como un producto que procede de la propensión subyacente en la entraña popular de convertir en caudillos a los hombres que ejercen el mando, movida por el designio de cobrar la abdicación de la voluntad con las ventajas materiales que ofrecen situaciones en las que "la política se hace empresa, el Presidente patrono y los secuaces accionistas", tanto más queda sin explicación la milunocheesa afloración económica que nos describe con las estadísticas precisas y minuciosas que se acaban de leer. ¿Es que "la sensatez del capital europeo" quedó sin jugar un rol preponderante antes y después del 90? ¿O es que su tarea de elegir presidentes y su táctica de inmiscuirse en la vida política data de un tiempo posterior a aquella fecha?

El libro de Balestra nos responde que no. En el espectáculo de marionetas del 90, hay un personaje que no figura en el reparto, pero que maneja, desde Londres, los hilos del manipuleo: el oro. Tiene su nombre: Baring Brothers. Ha roto la dialéctica de los partidos que la doctrina constitucional estima como la más alta virtud del Parlamento; y ha roto el equilibrio de los poderes exaltado por Montesquieu como fundamento de la democracia y quiere imponernos un centralismo rígido y policial —el unicato— aprovechando para ello la excesiva amplitud de facultades que la carta fundamental reconoce al Poder Ejecutivo, la centralización aduanera y la inveterada ambición de Buenos Aires de manejar los destinos de la Nación, desconociendo y avasallando el radical comunalismo nativo.

Juárez Celman —provinciano formado en un ambiente impregnado de ese comunalismo nativo— no era el hombre adecuado para facilitar la penetración de lo político por lo económico. El no haberlo comprendido a tiempo, el no haber "comprendido a Europa", fue su máximo error. Su máximo error y su pérdida. El hombre adecuado era el héroe porteño de circunstancias que, jinete en un jamego, cruzaba sobre los cadáveres sembrados por la asonada vencida, con veinte millones de pesos en el bolsillo para pagar los intereses de la banca internacional. No era un caudillo; era ya un producto lozano de la aduana de Buenos Aires, cuya herencia ha recogido la dictadura permanente, consolidada sobre la ruina de las autonomías locales.

Tales las conclusiones que nos sugiere el libro de Balestra. Es un libro recomendable y debe leerlo y releerlo todo argentino que quiera conocer los antecedentes de la crisis que padecemos para que mida la extensión en que hemos traicionado a nuestras auténticas directivas históricas.

SAÚL TABORDA.

Los Nacionales

ABELARDO VÁZQUEZ

ES mendocino este cantor de su tierra y de la muerte. Nació en 1918 y vivió su juventud en Granada, España. A su regreso a Mendoza publicó Advenimiento, en 1942, donde la nostalgia de los años pasados en Andalucía se junta a la recuperación de su tierra. Hacia 1943 escribió Poemas para Mendoza, cuya materia integral fue publicada recién en 1959. Constituyen estos poemas un "reencuentro con aquel su mundo de niño triste y flaco allá por los solazos de Corocorto". En 1950 publicó La danza inmóvil y nueve años después, La segunda danza, libro elaborado dentro de la más pura tradición poética hispánica, con que obtuvo el gran premio provincial de poesía. En 1963, publicó Buenos Aires en las malas, versos de compromiso con la patria y con América. "Yo no pertenezco a partidos políticos, mi partido es América", dice con hondo fervor en una de sus más logradas composiciones.

ME CONFIESO, SEÑOR, DE SER AMÉRICA

Me confieso, Señor, de haber nacido en esta tierra,
me confieso, Señor, de haber creído en esta patria.
Del niño al que le dieron una historia que seguir,
una bandera, un grito, una distancia, un himno.
Me confieso, Señor, de haber jurado por la patria.

Yo sé que esta penitencia tiene el color petróleo
donde naufragan, sombra y dólar, algo más que
[una creencia
y un duelo, y una simiente quemada de pronto
[en el silencio,
algo más, mucho más que una llaga y una lágrima
[multiplicada en pueblo,
donde la llama quema la historia para ocultarse
[en la ceniza,
donde el tiempo cae como una maldición, lejos
[del hombre apátrida.

Del niño que hoy retorna, festival, abanderado,
[simple,
y al que quisiera prevenir o retener, al que
[quisiera llorar
y voy a dejarle, Señor, esta cadena azul y blanca
[como un símbolo
y nada más, para que sus labios se cierren obli-
[gados al silencio
y su muda maldición, su justo mañana, borre
[nuestros nombres indefensos

Del niño que repite el mismo texto, y cree, como
[en un cuento, cree,
hasta crear creyendo su propio dolor iluminado
[y diga:
¿pero acaso, hubo alguna vez patria? o despierte
[de creer, ya ciego.

Me confieso, Señor, de no haber sabido cuándo,
[cómo, dejé el fusil
entre sus manos negras, entre sus huesos solos,
[entre sus bocas yertas,
cuando dejé mi fe entre sus labios secos, confiado
[en las palabras de promesa.
Ahora estoy indefenso, Señor, sólo mi patria y yo,
[sólo mi pueblo y yo.
Antes que la larga sombra de petróleo camine
[por la tierra su látigo de fuego
escucha, Señor, la plegaria de los vencidos, de
[los derrotados con el himno
y el texto y la bandera, con el sacrilegio y la
[burla y la infamia,
para que por sobre la tierra de negro, la pobre
[patria en sombras,
quede esta oración celeste y blanca de los que
[tendremos que morir por ella.

ABELARDO VÁZQUEZ.

Documentos

SARMIENTO Y ENTRE RÍOS

EN julio de 1877, por leve mayoría de votos, el Senado de la Nación prestó acuerdo para otorgar el generalato a don Domingo Faustino Sarmiento. Era Presidente de la República el doctor Nicolás Avellaneda, de quien Sarmiento scría ministro en setiembre de 1879, por el breve tiempo de un mes. El documento que ofrecemos a continuación le fue dirigido al general Sarmiento por el paisano de Gualeguaychú don Domingo Tarragona, a raíz de un artículo publicado en el diario de Vélez Sársfield por el sanjuanino. Su original se conserva en el archivo del doctor Carlos María Querencio, en poder de doña Lía Querencio de Tavares, recientemente fallecida en nuestra ciudad, y a quien rendimos homenaje por su fidelidad a las ideas y a la memoria de su padre, el doctor Querencio, una de las mayores figuras del jordanismo.

Alareón, Departamento de Gualeguaychú,
10 de Dbre. de 1878.

Señor General
Dn. Domingo Sarmiento.

Señor General:

Tarde, como lo permiten los difíciles medios de vialidad que tenemos por aquí, llegó por una casualidad á mis manos un número de "El Nacional", que se asegura es escrito por el señor General.

En él encontré este artículo que llamó mi atención: "El trigo y la política".

Quizá por eso lo leí.

Preseindiendo de aquello que tiene relación con los Guerri, los asesinos de Lincoln, y el regicidio frustrado contra Humberto y Alfonso XII, voi a permitirme hacerle una breve observacion al señor General Sarmiento sobre lo que pasa en Entre Ríos, que creo es idéntico á lo de Santa Fé, donde según la opinión del señor General no hai temores de revuelta, por que estas provincias "están oprimidas por el peso de las cosechas de trigo".

El señor General me permitirá que le observe que padece un error al considerar las causas de la quietud de estos pueblos.

El Entre-Ríos no tiene esos hábitos de sangre que conocemos en otros pueblos, como el Perú, por ejemplo, ni esos instintos salvajes que han puesto tan de relieve á algunos en la República.

El Entre-Ríos es un pueblo dócil y laborioso en la paz, valiente e indomable en la guerra.

Ud. lo sabe.

Ud. ha conócido de cerca el temple de sus hijos.

Ud. ha militado entre nosotros y aunque la parte de azares que le tocase no fuera de las mayores, Ud. no habrá olvidado, por que su estádia en Gualeguaychú, su páso por el Diamante, su entrada al Rosario, su marcha en el grande Ejército Aliado y su conducta en Palermo son hechos históricos y por consiguiente públicos.

¿Cómo olvidarlos?

Ahora bien, señor General —el Entre Ríos que Ud. conoció, dirigido por Urquiza, dando libertad a la República, es el mismo que condenó los asesinatos de Benavidez y Virasoro, y el que en Cepeda y Pabon fué á protestar con las armas en la mano, más que por otra cosa contra el crimen erijido en delito político.

Su suerte fué adversa, y por experiencia aprendió que los delitos políticos no eran un crimen.

¿En qué filas militaba Ud.?

No quiero, ni debo recordárselo.

Entre-Ríos recogió esa enseñanza.

Cuando el general Urquiza después de haber gobernado 25 años discrecionalmente á esta Provincia, bajó de la Presidencia para hacerse gobernador, terminó su período y nos legó al señor Domínguez, concluyó este y volvió á hacerse elegir Entre-Ríos desesperó de su suerte.

Y llegó a perder hasta la esperanza de su libertad y porvenir, pensando que dos generaciones iban á bajar al sepulcro sin conocer libertad, ni derechos, ni otro gobierno que el dictatorial de Urquiza, cuando vió al Presidente Sarmiento, que a los 16 meses de nombrado presidente de la Nación, abrazándose con el Gral. Urquiza en las galerías de San José, le decía: "recién me siento presidente de la República".

¿Qué debía esperar de su porvenir? ¿qué de la reparacion y justicia del gobierno federal?

Turbación causa en el ánimo aquella frase lanzada precisamente en los momentos cuando el pueblo esperaba de los labios del presidente otra mui distinta, siquiera por el decoro de la autoridad Nacional.

No le hago una acusación, señor General.

Soi un pigmeo, y un pigmeo no puede acusar a los grandes.

Quizá esa frase preparó la muerte del anciano caudillo de Entre-Ríos.

No la justifico.

Por el contrario, la repruebo y condeno con toda mi alma.

¿Y sabe por qué la repruebo y condeno señor General Sarmiento?

No seré hipócrita.

La condeno, no por que hubiera un gobernador más en las listas del martirologio Argentino, y en esto creo estar con los que defendieron la caída de los tiranos Benavídez y Virasoro; la condeno y repruebo por el giro que se dió a la cuestión y por los gobiernos archipeores que le sucedieron.

En esa época era Ud. presidente, y buscando bases en la moral, intervino á mano armada.

La faz había cambiado.

Ud. miraba el suceso del mismo punto de donde el Gral. Urquiza siendo presidente había visto y reprobado los sucesos de San Juan.

En aquellos Ud. formaba en las filas del pueblo y sostenía todo lo contrario que vino á sostener el '70 y '73, cuando era presidente.

Podíamos esclamar: oh! tempora mutantur—; pero pa. qué?

Urquiza detractado en 1859 y 1861 estaba justificado en 1870 y 1873.

Pero aun en esto mismo hai cosas singulares que no debemos olvidar, manteniéndolas vivo, nó como un amargo reproche, pero sí como una enseñanza política.

Los sucesos de San Juan concluyeron con Cepeda y Pabon, sin otro recuerdo que aquel célebre parte del general Saá dando cuenta de las numerosas víctimas que había hecho á lanza seca mientras que los de 1870 y '73 dejaron cubierto el suelo Entre-Riano de charcos de sangre humana, cuyo olor mortífero aun tiene oprimidos nuestros pulmones y órdenes en que está patente el deseo de la venganza, como aquellas sus cartas al gobernador Gelabert de Corrientes pa. fusilar y matar sin forma de juicio á todos los que fuesen jordanistas, y que Gelabert en un momento lúcido parece que tuvo hasta repugnancia de ejecutar, los proyectos sangrientos y crueles que le rechazó el Senado, ofreciendo primas que debían pagarse con los ahorros del pueblo por las cabezas de López Jordán, los Querencio, etc., etc. y los fusilamientos, sin forma de juicio, que quizá obediendo sus órdenes, ejecutó con bárbara impiedad y sangre fría el General Ayala, festejando la victoria y carnicería de Don Gonzalo" en 1873.

Los Guerri, no son, pues, un fenómeno, una emanación espontánea.

Yo repruebo su aparición, pero antes condeno los hechos que los exhiben.

A esta cosecha, agregue esta otra señor General, y tendrá la causa verdadera del mutismo de Entre-Ríos pa. oír rechinar las cadenas de un despotismo terrible en medio de la opresión y el abatimiento de una pobreza espantosa.

Antes le suplico al señor General que tenga la amabilidad de oírme, siquiera por que he sido su compañero de fatigas en una cruzada de libertad.

Si el Dr. Echagüe hizo buen, o mal gobierno, es cosa que no debo averiguar.

La opinión pública no se equivoca y ésta lo ha dicho ya, fuera de que ahí están para contestarlo tres revoluciones en que el pueblo, por la propia conservación se levantó pa. caer acerbillado por el plomo pagado con el tesoro formado de sus sacrificios.

Echagüe le entregó el gobierno á su ministro Febre, como el señor General podrá legar su espada a cualquiera de sus descendientes con la sola diferencia que el Gral. Sarmiento al hacerlo hará uso de su voluntad y de su derecho, y el Dr. Echagüe usó de lo que tenía y de lo que no le pertenecía: usó de su voluntad y abusó del derecho.

Ese derecho era privativo del pueblo, pero cuando en éste impera solo la fuerza el derecho es bien poca cosa, como Ud. lo sabe, y por eso el señor Echagüe ni lo echó de menos.

Quiso que fuera el Dr. Febre su sucesor, como Maderaga lo hizo con el Dr. Derqui, como Yriondo con Bayo i vice-versa, como Febre lo hará con Antelo, y todo fué allá.

Para los de grande espíritu filosófico esto es nada.

Echagüe quiso poner una plancha de acero sobre el despilfarro, los empréstitos ruinosos, los inmensos impuestos, el desquicio las persecuciones, los crímenes y las miserias de que está plagada su administración, odia-

da y maldecida del pueblo, y Febre que estaba bien templado y galvanizado, sin el temor ni de oxidarse vino al gobierno traído por la solisima mano de su antecesor, de donde prontó pasará al Senado Argentino, y como muy conoedor del tortuoso camino siguió las enmascaradas tretas de su protector.

¿La administración de éste ha sido mejor que la de aquél?

Ni la más leve reforma lo dá a conocer.

Es el mismo fraile con las mismas maletas.

He ahí la causa por que reina por aquí el silencio de los sepulcros.

Ni la prensa chillona contra los gobiernos perjuros se hace sentir.

Todo ha enmudecido para salvar la vida, para verse libre del espionaje de una moderna mashorca, rentada del tesoro público, y que tiene la salvaje misión de clavar el puñal en espionaje de la independencia ó el valor, como sucedió con el Corl. Taborda*, como acaba de suceder con el escritor Juan Martínez** y tantos otros, perseguidos o asesinados como los comandantes Zapata y Anadon.

Hasta aquel Dn. Olegario Andrade, Mitrista exaltado hasta la "Verde" y Santa Rosa, — contra quien el presidente Sarmiento fulminó rayos por un deslíz que cometiò en la aduana de Concordia se ha remontado a las regiones donde sólo se oyen las salmodias y aspira el incienso en olor suavísimo á todos los gobiernos, sean quienes sean y hagan lo que hagan.

Pues bien, el Señor General sinó lo sabe debe suponerlo, por que así es lógico, con tanto trastorno la riqueza pública ha sido más que diezmada, **quintada** como lo fué el contingente de desgraciados Entre Rianos en **Loncagüe**.

El 69 la Provincia estaba exhuberante de vida— La ganadería era abundante y sus precios fabulosos.

¿Qué era lo que se gastaba en su administración? Trescientos, ó cuatrocientos mil fuertes, cuando más. Tenía grandes extensiones de tierras de propiedad pública; tenía crédito, y no debía arriba de cuatrocientos mil fuertes.

¿Cuál es su presente?

La tierra, los ganados, el crédito todo, todo ha desaparecido y solo queda en pié:

Un presupuesto de gastos de más de un millón de pesos anuales.

Empréstitos de marca mayor.

Nada de tierras fiscales.

Una deuda no menor de tres millones; empapelada la Provincia, con billetes inconvertibles y sin valor, subvertido el orden público, falseada la forma republicana de gobierno un pueblo esclavo cargado de impuestos, prosternado en la abyección y la miseria, dominado por el sable del caudillo, víctima espítoria de todas las ambiciones, obligado á presenciar en los Centros, como en la campaña; en los bosques como en la llanura, al borde de las fuentes cristalinas, como en la elevación de sus lomas, una cruz solitaria que, estendidos sus brazos, parece pedir protección amparo, reparación, justicia á los que viven.

Y este signo venerando de la humanidad, no ha sido puesto por su capricho. No.

Cada cruz, de las miles que se hallan sembradas por doquier, representa al padre, al hermano al hijo o al amigo, cuando hasta la inocente virgen, víctimas todas sacrificadas á las furias políticas cuando no al desenfreno de los ímpetus violentos de los que se creen omnipotentes por que mandan con el arbitrario.

Esa es la obra de los que se titulan liberales que han querido regenerarnos derramando la sangre y demoliendo el hogar con la idea de implantar las nociones equívocas de una civilización mal dijérida.

Con todo esto, ¿cómo quiere Ud. señor General que no haya la paz que desea, y que vuelvan las esperanzas de revueltas?

No es posible ya exigir de los pueblos ni siquiera una palabra en favor de sus derechos y prerrogativas, hon-

* Wenceslao Taborda.

** Dr. Juan Ángel Martínez.

rando así una civilización bien entendida, cuanto más colocarlos en el cruento camino de las revoluciones.

No es porque estamos oprimidos bajo el peso de las cosechas de trigo, que Dios lo quiera, porque hasta los trigos se vienen perdiendo anualmente, cuando nó por la langosta por la seca, por las aguas, ó por la movilización constante de las milicias que no dan tiempo ni á recojer el alimento más necesario pa. la vida.

Pero es por lo que el Señor General ha de comprender: por la opresión absurda y la miseria espantosa en que ha colocado a este pueblo una política estrecha, apasionada y fatal, que en mi concepto lo tiene en más aprieto que Pharaon al pueblo de Ysraël, según refiere el Éxodo.

Ahora si esta situación, si esta paz, como se le llama ha de ser duradera, si hemos de seguir así hasta concluir con nuestra existencia, ó si ella tendrá un límite más

cercano, pocos habrá como el Sr. General que puedan descifrarlo.

Le saluda al Señor General Sarmiento su atento Servidor y compatriota.

DOMINGO TARRAGONA.

Al Dr. Querencio.

Es copia literal de la original que fué dirigida al Gral. Sarmiento, i que tiene placer en dirigirsela a Ud. mi amigo pa. los usos que Ud. quiera hacer de ella.

(Arch. del Dr. Carlos M. Querencio — Lía Q. de Tavares, Bs. Aires).

Adiós, don León Ortiz de Rozas

El 18 de diciembre próximo pasado, y como consecuencia de un accidente, murió en nuestra ciudad don León Ortiz de Rozas, sobrino bisnieto del Brigadier General don Juan Manuel de Rosas por ser bisnieto del coronel don Prudencio Ortiz de Rozas. Tenía don León ochenta y dos años de edad, pero su desaparición se produjo en forma inesperada, ya que gozaba de excelente salud y conservaba su espíritu juvenil y animoso.

Era don León un fiel exponente de la raza criolla, que cultivaba celosamente la amistad y un sentido de justicia que no lo abandonó jamás. Había servido a la nación durante largos años, como cónsul, y acumulado un extraordinario conocimiento de los hombres, de las sociedades y de la historia. En los últimos días, recordaba con mucho cariño, hasta con veneración, a figuras de su generación y de su amistad, entre ellas, el coronel Ricardo Pereyra Rozas y Florencio Sánchez, este último, diez años mayor que él. Su envidiable memoria, que atesoraba pequeños y grandes sucesos de la vida argentina, le había permitido reconstruir, en páginas que ha dejado inéditas, un pasado social y político del que fue sensible y atento testigo y protagonista.

Formó parte don León, como miembro de número, de la comisión directiva del primer Instituto Nacional Sanmartiniano, fundado por el doctor Pacífico Otero, con sede en la calle Charcas 745, y en carácter de tal le tocó hablar más de una vez sobre aquel que él llamaba "el inolvidable centáuro de los Andes".

Pocos días antes de su deceso, habíamos estado con él, en larga conversación, con el oído atento a sus valiosos datos e informaciones, y a su rico anecdotario que más de una vez nos llevó hasta su pariente Lucio V. Mansilla y a doña Agustina Ortiz de Rozas de Mansilla, a

quien tanto quería don León. Le preocupaba el problema del destino del sable del Libertador y seguía paso a paso los incidentes que se produjeron en el mes de diciembre. Pero, por sobre todas las cosas, un detalle que él había advertido leyendo viejos recortes periodísticos: ese detalle era la plancha de bronce fijada sobre la caja en que vino al país el sable del Libertador, según pormenores ofrecidos por el diario *La Prensa* del 1° de marzo de 1897, en la que se hallaba una inscripción "en grandes caracteres ingleses" que decía: "El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sur, le será entregado al general de la República Argentina don Juan Manuel de Rozas, como una prueba de las satisfacciones que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de mancillarla".

Tal plancha de bronce, con la precedente leyenda, desapareció. Y no existen testimonios sobre quién, y en qué fecha, la retiró. Don León preguntaba entonces: "¿Dónde se halla la chapa de bronce de la referencia? ¿Quién la hizo desaparecer o la sustrajo? Tiene la palabra el Museo Histórico Nacional".

Era don León hijo de don Prudencio Juan Ortiz de Rozas y Gastelú y de doña María Foley Figueroa y Acevedo; nieto de don Prudencio Tadeo Ortiz de Rozas y Almada; y bisnieto del coronel Prudencio Ortiz de Rozas y López de Osornio y de doña Catalina Almada. Entre los objetos y documentos que conservaba, se cuentan un trozo de una de las cadenas tendidas sobre el Paraná en la Vuelta de Obligado y cartas inéditas del general Juan Manuel de Rosas a su hermano Prudencio.

F. CH.

Correo Histórico

∞ *A moreno de San Telmo.* — Efectivamente, un cable de la agencia noticiosa France Press, del 24-XI-1967, informó que el gobierno argentino había iniciado gestiones ante las autoridades francesas para recuperar “dos banderas perdidas hace más de un siglo y medio”, según expresiones formuladas por fuentes diplomáticas latinoamericanas. Agregaba el cable que dichas banderas están actualmente en exhibición en la Iglesia de los Inválidos de París y que fueron “capturadas por la flota francesa que, junto con la británica, derrotó a las fuerzas argentinas que intentaban cerrarles el paso del río Paraná”. Es decir, en el combate de la Vuelta de Obligado.

Lo que Rafael Hernández sostiene en la poco conocida carta que publicamos en nuestro primer número es exacto. En el combate de la Vuelta de Obligado, en 1845, no fue tomada ninguna bandera argentina de guerra. Las banderas a que se refiere el cable de AFP, exhibidas como trofeos de Obligado, no son banderas de guerra sino de los buques mercantes que sostenían las cadenas tendidas sobre el río, o bien tomadas en las carpas de los soldados argentinos al desembarcar los invasores. En cuanto a la bandera devuelta en 1883 por el almirante Sullivan, pertenecía a la batería que mandaba el coronel Juan B. Thorne; no era la bandera oficial de la Confederación Argentina, sino una insignia de cuerpo militar, con bonetes federales e inscripciones.

∞ *A librero porteño.* — Su pregunta sobre los retratos del general Francisco Ramírez, es de mucho interés. El tema ha sido cuidadosamente investigado por el escritor entrerriano José Angió, quien ha puesto en claro las cuestiones planteadas por el retrato existente en la galería de los gobernadores de Entre Ríos, ubicada en la casa de gobierno de Paraná. De acuerdo con dichos estudios, el retrato del Supremo Entrerriano que allí se exhibe fue pintado en 1886 por Federico Voltmer, por encargo del gobernador Eduardo Racedo. La imagen de dicho retrato tiene parecido con el perfil del general Ramírez que se conserva, como medallón, en la vieja pirámide de Concepción del Uruguay, levantada en homenaje del caudillo, de acuerdo con una ley provincial de 1827. Este medallón fue ejecutado por Pedro Fossati sobre datos fisonómicos aportados por los generales Urquiza, Urdinarrain y Galarza. Por otra parte, se conserva una copia fotográfica de otro retrato de

Francisco Ramírez, ejecutado en 1887 por el artista entrerriano Secundino Salinas, autor de un cuadro famoso: “El Domador Argentino”. Todos estos datos podrá hallarlos el lector en el trabajo de Angió que, con el título de “El retrato del general Francisco Ramírez”, publicó la *Revista de Historia Entrerriana*, Buenos Aires, octubre de 1966.

En cuanto a Voltmer, queremos aportar algunos datos nuevos, ya que poco y nada se sabe de él. Son los que consigna el Dr. Ricardo Caballero en sus recuerdos referentes a un trágico episodio cívico ocurrido en las calles de Paraná, donde partidarios del general Racedo fueron tiroteados por el batallón de Guardia de Cárcel, en abril de 1890. Dice Caballero: “Un pintor alemán, Federico Voltmer, de mucho renombre entonces, tomó apuntes desde el centro de la plaza, de las escenas que observaba, para un cuadro que resultó vívido y hermoso, conocido en los ambientes artísticos de Europa con el nombre de “Escenas del 27 de abril de 1890 en Paraná.” En este cuadro, Voltmer registró la escena ocurrida casi en la puerta del Correo Central, donde un gaucho de lujosa indumentaria quedó tendido en el suelo, con el facón en la mano crispada “y en el brazo izquierdo, arrollado el poncho empapado en sangre”. Había atacado a la tropa solo, con su facón.

∞ *A Julio C. Luzzatto, Buenos Aires.* — ¿Qué parentesco tenía Juana Manuela Gorriti con el poeta José Hernández? ¿Por qué lo llama “primo mío” en una carta de 1880? Vamos a satisfacer su interrogante con la ayuda del historiador salteño Carlos G. Romero Sosa. Doña Juana Manuela Gorriti y el autor del Martín Fierro tenían entre sí parientes de parientes de sangre. La Gorriti era sobrina en grado lejano de doña Angela de Arredondo y de la Corte, que era esposa del tío abuelo de José Hernández, coronel Juan Andrés de Pueyrredón. Es decir que doña Juana Manuela, al no tener parentesco de sangre con el nombrado coronel Pueyrredón, tampoco lo tenía con su sobrino nieto, el poeta gaucho. José Hernández estuvo ligado a Salta por otro vínculo de familia: su prima hermana, Martina Hernández —hija del coronel Juan José Hernández—, fue esposa de don Juan Martín Leguizamón, quien a su vez había sido compañero de estudios y de cuarto en el Colegio Republicano de Rafael Hernández, el hermano menor del poeta.

Leído y comentado

EL OTRO MARTÍN FIERRO

por Raúl Ortelli

NO puedo creer en la mala fe del autor de este libro, a pesar de indicios ciertos que parecen señalarla. Me inclino a pensar que estamos ante un trabajo apresurado y falto de información sería no sólo sobre Hernández y su poema, sino también sobre la realidad del campo argentino, en general y del gaucho en particular. Tras esta premisa, comentaremos lo más grueso del nuevo libro de Ortelli.

Amparado en una cita de Martínez Estrada, el autor se propone demostrar que el *Martín Fierro* está plagado de errores y que José Hernández sabía muy poco "de las cosas de la estancia". Además, que fue Hernández un plagiario del cancionero tradicional que nuestros campos heredaron del español. Y pasemos por alto los crasos defectos que descubre en el protagonista del poema y cuyo inventario realiza, como el alcalde que fue al rancho de Don Vizcacha no bien éste fue difunto.

Dice Ortelli: Hernández usa la palabra "viñuela", pero el gaucho no conoció dicho instrumento. ¿No habrá advertido, realmente, que nuestros gauchescos aluden a la guitarra llamándola vihuela, changango y tiple, y que eludir los nombres reales es hábito común en los gauchos? En otras partes, además, Hernández usó el vocablo guitarra.

Dice Ortelli: el gaucho difícilmente dice "extraordinaria". Decimos: el poema hernandino dice literalmente "estordordinaria".

Dice Ortelli: el fandanguillo no se bailaba en nuestra campaña y se funda en la autoridad de Paolo Mantegazza. Decimos: Mantegazza atestigua otra cosa. "El fandanguillo, de origen andaluz, se baila raras veces", dice, recordando lo que vio en Entre Ríos entre 1854 y 1855, cuando vivió en Nogoyá.

Dice Ortelli: Martín Fierro odia a las mujeres. Pero Hernández, en el canto V de *La vuelta* hace un claro elogio de la mujer.

Dice Ortelli que un "sotreta" no puede hacerse pedazos corcoveando, sin entender que Martín Fierro, como todo criollo auténtico, abusa de los asatísmos en la conversación.

Dice Ortelli que no es verdad que "vaca que cambia querencia se atrasa en la parición". Que

las aves no cantan solas. Que los argentinos no han leído el poema. Y en su afán de desmerecer a Hernández, hasta le da golpes bajos, como cuando le atribuye a Martín Fierro lo que pertenece a Don Vizcacha.

En los últimos tiempos, se ha escrito bastante sobre el poema y sobre su autor, pero debemos lamentar que los trabajos realmente valiosos sean muy escasos. De los aparecidos en el último año, podríamos indicar como los más serios y novedosos: "Artículos periodísticos de José Hernández en La Patria de Montevideo", de Walter Rela, y *La personalidad histórica de Martín Fierro*, de Rafael P. Velázquez, si bien la tesis central de este último sea muy discutible. Quisiéramos decir lo mismo del libro de Ortelli, pero lo inconsistente de sus afirmaciones y el aliento antihernandino de sus páginas sólo nos permite que lo comentemos como una rareza, fruto de una mente confundida y enajenada a determinados prejuicios contra el gaucho.

POZO DE VARGAS Y LA REBELIÓN DE CUYO 1867-1967

por Hipólito M. Noriega

ESTE opúsculo del periodista e historiador santiagueño Noriega contiene un capítulo de una obra de próxima aparición: *Breve historia de Santiago*. Y digamos que es un anticipo valioso de una obra llamada a cubrir un notable vacío en la historiografía provincial. Falta, ciertamente, una historia de Santiago del Estero que venga a superar la ya anacrónica visión del pasado regional que reconoce dos ángeles impolutos: los hermanos Taboada. Y estamos seguros de que Noriega habrá de cubrir satisfactoriamente ese vacío lamentable con el libro anunciado.

El trabajo que ahora nos ofrece viene, por lo pronto, a suplir una laguna historiográfica, cual es la vinculada con los sucesos de hace cien años en el Oeste del país, los que tuvieron como protagonistas a Felipe Varela y a los Taboada, para nombrar solamente a los que importan desde un punto de vista regional. Noriega es un escritor metódico y objetivo, y escasamente adjetivo, que se muestra bien informado sobre los últimos aportes bibliográficos relacionados con los temas que aborda. Y desde tal plataforma, su obra resulta colmada de seriedad y probidad.